

cesa. Empiezo á abandonar las costumbres del convento para tomar las de la vida del mundo. Te escribo por la noche hasta el momento en que me acuesto, que ahora se ha retrasado hasta las diez, hora en que mi madre sale cuando no va á algún teatro. Hay en París doce teatros. Ahora comprendo que mi ignorancia es crasísima y leo mucho, aunque lo hago indistintamente. Un libro me proporciona otro. Encuentro los títulos de las obras en las cubiertas de la que leo; pero como nadie me guía, los encuentro muy aburridos. Lo que he leído de literatura moderna versa sobre el amor, cosa que era continuo objeto de nuestras conversaciones, ya que nuestro destino se ha hecho por el hombre y para el hombre; pero ¡cuán por debajo están nuestros autores de las dos muchachitas llamadas la *corza blanca* y la *nena*, Renato y Luisa! ¡Ah! ángel querido, qué pobres acontecimientos, qué extravagancia y cuán mezquina es la expresión de este sentimiento! Sin embargo, ha habido dos libros que me han gustado mucho, el uno es *Corina*, y el otro *Adolfo*. A propósito de esto: pregunté á mi padre si podía ver á la señora de Staël. Mi madre, mi padre y Alfonso se echaron á reír, y este último dijo:

—Pero ¿de dónde sale?

A lo que mi padre respondió:

—Somos necios al reirnos, pues no consideramos que sale de las Carmelitas.

—Hija mía, la señora de Staël murió ya—me dijo la duquesa con amabilidad.

—¿Cómo puede ser engañada una mujer?—pregunté á miss Griffith cuando acababa de leer *Adolfo*.

—Puede ser engañada cuando ama—me contestó ella.

Dime pues, Renato ¿será posible que un hombre pueda engañarnos á nosotras? Miss Griffith ha acabado por entrever que no soy tonta más que á medias, que tengo una educación desconocida, la que nosotras nos hemos dado una á otra, razonando á hurtadillas. Ha comprendido que mi ignorancia atañe únicamente á las cosas exteriores. La pobre criatura me ha abierto su corazón. Su lacónica respuesta me ha causado un ligero estremecimiento. La Griffith me respondió que no me dejase deslumbrar por nada del mundo y que desconfiase de todo, principalmente de aquel que no me agradase. La pobre no sabe ni puede decirme más. Su discurso es demasiado monótono, y la hace semejar á esa especie de pájaros que no saben proferir más que una clase de grito.

III

La misma á la misma

Diciembre.

Querida mía: Heme ya dispuesta á entrar en el mundo. Antes de componerme para él, he procurado ser muy loca. Esta mañana, después de muchos ensayos, me he visto al fin bien y debidamente encorsetada, calzada, vestida y adornada. He hecho como los duelistas antes del combate; me he ejercitado á puertas cerradas. He querido verme sobre las armas, y he encontrado en mí un cierto aire vencedor y triunfante, al que no tendrán más remedio que rendirse. Me he examinado y juzgado, y he pasado revista á mis fuerzas poniendo en práctica aquella hermosa máxima de la antigüedad: «¡Conócete á ti mismo!» He gozado placeres infinitos al presentarme á mí misma. Griffith es la única que está en el secreto de mi locura de haber jugado á la muñeca. Yo era á la vez la muñeca y la niña. ¿Crees tú conocerme? ¡pues te equivocas!

He aquí, Renato, el relato de tu hermana disfrazada antes de carmelita, y resucitada hoy como hija ligera y mundana. Exceptuando Provenza, soy una de las muchachas más hermosas de Francia. Esto me parece el verdadero sumario de este agradable capítulo. Tengo defectos, pero si yo fuese hombre, hasta me gustarían, porque estos defectos provienen de las esperanzas que doy. Cuando, durante quince días, se ha admirado la exquisita redondez de los brazos de su madre, y cuando esta madre, querida mía, es la duquesa de Chaulieu, se considera una muy desgraciada al encontrarse los brazos delgados; pero se consuela al ver la delicadeza y suavidad de las líneas de esos huecos que un día vendrá á llenar, redondear y modelar una carne satinada. El mismo dibujo algo seco de los brazos se encuentra en mis hombros y espaldas. A decir verdad, yo no tengo hombros, sino duros omoplatos que aspiran á ser hombros. Mi talle carece asimismo de flexibilidad, y los flancos son escuetos. ¡Uf! ya lo he dicho todo. Pero estos perfiles son finos y firmes, la salud anima con su llama viva y pura estas líneas nerviosas, y la vida y la sangre azul corren en

abundancia bajo una piel trasparente. ¡Pero la más rubia de las hijas de la rubia Eva es una negra á mi lado! ¡Pero tengo un pie de gacela! ¡Pero todos mis contornos son delicados, y poseo las correctas facciones del tipo griego! Los tonos de mi carne no están matizados, es verdad, señorita, pero son frescos; yo soy un hermoso fruto verde y tengo una gracia primaveral. En una palabra, me parezco á la figura que, en el viejo misal de mi tía, se ve con un lirio violáceo. Mis ojos azules tienen expresión, animación, y están rodeados de dos márgenes de nácar matizado por hermosas fibrillas, sobre las cuales parecen franjas de seda mis largas y tupidas pestañas. Mi frente es radiante, mis cabellos tienen las raíces deliciosamente ordenadas y ofrecen pequeños bucles de color oro pálido, ennegrecidos en el centro, y de ellos se escapan algunos cabellos negros que dicen claramente que no soy una rubia sosa y sentimental, sino una rubia meridional y llena de sangre, una rubia que hiere en lugar de dejarse herir. El barbero no quería ponerme los cabellos lisos en dos bandas y colocarme en la frente una perla retenida por una corona de oro, porque decía que parecería un tipo de la Edad media.

—Sepa usted que aun soy bastante joven para no estar en la Edad media y para no usar adornos que me rejuvenezcan.

Mi nariz es fina, y sus agujeritos son muy cucos y están separados por encantadora ternilla de color rosáceo; es imperiosa, burlona, y su punta es demasiado nerviosa para que pueda nunca ponerse gruesa ni encarnada. Querida corcita mía, si esto no basta para que una muchacha se case sin dote, reconozco que no entiendo una palabra. Mis orejas tienen encantadores pabellones, y una perla, colocada en cada uno de sus extremos, ha de parecer amarilla. Mi cuello es largo y tiene ese movimiento serpentino que da tanta majestad. En la sombra, su blancura parece dorarse. ¡Ah! sin duda tengo la boca un poco grande, pero ¡es tan expresiva! ¡tienen sus labios tan hermoso color y ríen sus dientes de tan buena gana! Además, querida mía, todo en mí es armónico; mis andares son graciosos y mi voz agradable, y recuerdo algunos de los graciosos movimientos de faldas de mi abuela, que nunca tocaba en ellas. En fin, que soy bella y graciosa. Siguiendo á mi imaginación, puedo reirme como nosotras reíamos frecuentemente y seré respetada; habrá un no sé qué de imponente en los hoyuelos que con sus ligeros dedos ha de hacer la diosa de la broma con sus blancas mejillas. Puedo también bajar la vista

y ostentar un corazón de hielo bajo mi frente de nieve. Puedo enseñar también el cuello melancólico del cisne afectando la actitud de imagen, con la seguridad de que las vírgenes que dibujan los pintores estarán á cien pies por debajo de mí. Para hablarme, un hombre se verá obligado á dulcificar la voz.

Estoy, pues, armada con todas las piezas, y puedo recorrer el teclado de la coquetería desde las notas más graves hasta las más agudas. El no ser uniforme es una inmensa ventaja. Mi madre no es ni bromista ni virginal; es exclusivamente digna, imponente, y no puede salir de ahí á no ser para convertirse en leonina; cuando hiere, cura difícilmente. Yo sabré herir y curar, ya que soy completamente distinta de mi madre. No hay, pues, rivalidad posible entre nosotras, á menos que no discutamos acerca de la mayor ó menor perfección de nuestras extremidades, que son semejantes. Me parezco á mi padre, que es fino y desenvuelto. Tengo los modales de mi abuela y su encantador tono de voz, una voz de garganta cuando hablo muy alto, y una melodiosa voz de pecho en el curso ordinario de las conversaciones. Sólo hoy me parece que he dejado por completo el convento. No existo aún para el mundo, le soy desconocida. ¡Qué delicioso momento! Me pertenezco aún como una flor que no ha sido vista y que acaba de brotar. Ahora bien, ángel mío, cuando me he paseado por el salón mirándome al espejo, cuando he visto el ingenuo hábito de la colegiala, sentí un no sé qué en el corazón; pesar por el pasado, inquietudes por el porvenir, temores del mundo y adioses á nuestras pálidas margaritas inocentemente cogidas y deshojadas distraídamente. Había en mí todo esto, pero había también esas ideas fantásticas que yo relego á las profundidades de mi alma, adonde yo no me atrevo á bajar y de donde ellas provienen.

Renato mía, tengo una canastilla de casada. Todo está perfectamente doblado y perfumado en los cajones de cedro de mi delicioso gabinete tocador. Tengo cintas, calzado, guantes, todo en abundancia. Mi padre tuvo la amabilidad de regalarme las alhajas propias de una joven; un neceser, un tocador, un pebetero, un abanico, una sombrilla, un libro de misa, una cadena de oro, un cachemir, y me ha prometido enseñarme á montar á caballo. En fin, ya sé bailar. Mañana, sí, mañana por la noche, seré presentada. Mi traje es de muselina blanca, y llevo por tocado una guirnalda de rosas blancas á la griega. Afectaré un aire de virgen; quiero parecer muy inocente y

conquistarme las mujeres. Mi madre está muy lejos de creer que yo pueda escribirte lo que te escribo, porque me cree incapaz de reflexión. Si leyese mi carta se quedaría muda de asombro. Mi hermano me honra con un profundo desprecio y me prodiga las bondades de su indiferencia. Es un hermoso joven, pero caprichoso y melancólico. Yo poseo su secreto; ni el duque ni la duquesa lo han adivinado. Aunque duque y joven, tiene envidia á su padre porque no es nada en el Estado, ni tiene cargo en la corte, ni puede decir: «Voy al Congreso.» Yo soy la única de la casa que tiene diez y seis horas para reflexionar. Mi padre está ocupado en los asuntos públicos y en los placeres, y mi madre tiene también muchas distracciones; nadie reflexiona en esta casa, todos están siempre fuera, y todo el tiempo les parece poco para gozar de ese género de vida. Siento una inmensa curiosidad por saber qué atractivo invencible puede tener el mundo para retenerles todas las noches de nueve á dos ó tres de la mañana, y para obligarles á hacer tantos gastos y á soportar tantas fatigas. Aunque deseo tomar parte en ese género de vida, no puedo imaginarme semejantes embriagueces. Pero me olvido que se trata de París. Aquí se concibe que puedan vivir unos al lado de otros en familia y sin conocerse. Ya lo ves, una medio monja llega, y en quince días ve lo que un hombre de Estado no ha visto en su propia casa. Pero acaso lo haya visto y su ceguera voluntaria obedezca al amor de padre. Procuraré sondar este punto obscuro.

IV

La misma á la misma

Ayer, á las dos de la tarde, que hizo un hermoso día de otoño como aquellos que tanto hemos admirado nosotras á orillas del Loira, fuí á pasearme por los Campos Elíseos y por el bosque de Boloña. ¡Por fin he visto París! El aspecto de la plaza de Luis XV es verdaderamente hermoso, pero posee esa hermosura que crean los hombres. Iba yo elegantemente vestida, con el rostro tranquilo bajo mi encantador sombrero, los brazos cruzados y melancólica, aunque dispuesta á reír.

No he recogido la menor sonrisa, no he dejado asombrado á mi paso ni al más insignificante joven, nadie se ha vuelto para mirarme, y sin embargo, el coche andaba con una lentitud que estaba en armonía con mis modales. Me engaño: un duque encantador que pasaba volvió bruscamente su caballo. Este hombre, que satisfizo mis vanidades, era mi padre, cuyo orgullo, según me dijo él, acababa de verse agradablemente adulado. Encontré también á mi madre, la cual, con la punta de los dedos, me envió un saludo que parecía un beso. Mi Griffith, que no se preocupaba por nadie, miraba á tontas y á locas por todas partes. A mi modo de ver, una joven debe saber siempre donde coloca sus miradas. Yo estaba furiosa. Un hombre examinó con gran seriedad mi coche sin fijarse para nada en mí. Este curioso era probablemente algún fabricante de coches. Me he engañado completamente al valorar mis fuerzas; la belleza, ese raro privilegio que sólo Dios da, es más común en París de lo que yo me imaginaba. Varias melindrosas fueron graciosamente saludadas. Al ver algunas caras muy pintadas, los hombres se decían: «Allá viene.» Mi madre fué muy admirada. Este enigma tiene su solución y yo procuraré buscarla. Los hombres, querida mía, me parecieron en general muy feos. Los que son guapos, van vestidos de un modo extravagante. No sé qué fatal genio ha inventado sus trajes, cuya extravagancia sorprende cuando se les compara con los de los siglos precedentes; no tienen gracia, color, ni poesía; no habla ni á los sentidos, ni al espíritu, ni á los ojos, y debe ser incómodo porque carece de amplitud. Pero lo que más me ha llamado la atención ha sido el sombrero, que es un tubo que no toma la forma de la cabeza; sin embargo, he oído decir que es más fácil hacer una revolución que inventar un sombrero airoso. La valentía, en Francia, recula ante la idea de llevar un sombrero de fieltro de copa redonda, y por no tener uno valor un día, siguen llevando objetos ridículos en la cabeza durante toda la vida. ¡Y se tilda á los franceses de despreocupados! De todos modos, los hombres resultan horribles, sea cualquiera el objeto que les cubre la cabeza. No he visto más que rostros ajados y duros, donde no hay ni calma ni tranquilidad; las líneas son irregulares, y las arrugas anuncian ambiciones frustradas y malhadadas vanidades. Una frente hermosa es rara.

—¡Ah! he aquí lo que son los parisienses—decía yo á miss Griffith.

—Sí, hombres muy amables y muy graciosos—me respondió.

Me callé, y comprendí entonces que una solterona de treinta y seis años tiene una gran dosis de indulgencia en el fondo de su corazón.

Por la noche fuí al baile y me mantuve al lado de mi madre, que me dió el brazo con una abnegación que no dejó de ser recompensada. Los honores eran para ella, y yo fuí el pretexto de los más agradables piropos. Tuvo el talento de hacerme bailar con imbéciles que sólo me hablaron del calor, como si yo estuviese helada, y de la belleza del baile, como si yo fuese ciega. Ninguno dejó de extasiarse ante una cosa extraña, inaudita, singular, extraordinaria, extravagante, y fué ésta el verme allí por primera vez. Mi traje, que me había maravillado en mi salón, donde yo me contemplé sola, apenas llamó la atención en medio de los maravillosos vestidos de la mayor parte de las mujeres. Todas ellas tenían su corte de adoradores, y se observaban unas á otras con el rabillo del ojo; había muchas que, como mi madre, brillaban por su hermosura. En el baile, una joven viene á ser una máquina de bailar. Salvo raras excepciones, los hombres no parecen mejor allí que en los Campos Elíseos; están gastados, sus facciones no tienen carácter, ó, mejor dicho, todas tienen el mismo. Aquellas fisonomías arrogantes y vigorosas que ofrecen en sus retratos nuestros antepasados, que unían la fuerza física á la fuerza moral, no existen ya. Sin embargo, en esta reunión se encontraba un hombre de gran talento, que sobresalía por la belleza de su rostro; pero no me ha causado la viva sensación que debía causarme. No conozco sus obras, y sé que no es noble. Pero sea cual fuere el genio y las cualidades de un plebeyo y un noble, puedo asegurarte que no me producen impresión alguna. Por otra parte, le vi tan ocupado de sí y tan poco de los demás, que me ha hecho pensar que nosotros debemos ser cosas y no seres para esos grandes cazadores de ideas. Cuando los hombres de talento aman no deben escribir más, ó de lo contrario es que no aman, pues debe existir algo en su cerebro que ellos anteponen á su amada. Me pareció observar todo esto en el aspecto de este hombre, el cual, según dicen, es profesor, orador y autor, y al que la ambición constituye en servidor de toda grandeza. Por mi parte, tomé mi partido en el acto; juzgué indigno de mí el guardar rencor al mundo por mi poco éxito, y me lancé al baile sin más preocupaciones. No dejé de encon-

trar gusto en la danza. Oí multitud de dichos sobre gentes desconocidas; pero sin duda es necesario saber muchas cosas que yo ignoro para comprender aquéllos, pues he visto que la mayor parte de las mujeres y de los hombres experimentaban un vivo placer oyendo ó diciendo ciertas frases. El mundo ofrece inmensidad de enigmas cuya solución parece difícil. Existen intrigas multiplicadas. Pero yo tengo la mirada penetrante, el oído fino, y, respecto al entendimiento, ya lo conoce usted, señorita de Maucombe.

Volví cansada y feliz de este cansancio. Con gran sencillez expresé á mi madre el estado en que me encontraba, y ésta me dijo que sólo á ella confiase esa clase de cosas.

—Hijita mía—añadió,—el buen gusto estriba tanto en el conocimiento de las cosas que se deben callar, como en el de las que se pueden decir.

Esta recomendación me hizo comprender la clase de sensaciones respecto á las que debemos guardar silencio con todo el mundo, y sin duda hasta con nuestra propia madre. De una sola mirada medí el vasto campo de los disimulos femeninos. Corcita mía, puedo asegurarte que, con el descaro de nuestra inocencia, seríamos dos pequeñas comadres pasablemente avispadas. ¡Cuántas instrucciones con un dedo colocado sobre los labios, con una palabra, con una mirada! En un momento me he hecho excesivamente tímida. ¡Cómo! ¡no poder expresar la dicha natural que nos causa el movimiento del baile!

—Pero—me dije á mí misma—¿qué ocurrirá, pues, tratándose de nuestros sentimientos?

Me acosté triste, y me siento aún vivamente herida con este primer choque de mi naturaleza franca y jovial con las duras leyes del mundo. He aquí ya parte de mi lana blanca dejada en los zarzales del camino. Adiós, ángel mío.

V

Renato de Maucombe á Luisa de Chaulieu

Octubre.

¡Cuánto me ha emocionado tu carta! y me ha emocionado sobre todo á causa de la comparación de nuestros destinos. ¡En qué mundo brillante vas á vivir tú, y en qué apacible re-

tiro voy á acabar yo mi obscura carrera! Quince días después de mi llegada al castillo de Maucombe, del cual te he hablado ya demasiado para ocuparme de él y donde he encontrado mi cuarto poco más ó menos en el mismo estado en que lo había dejado, pero desde el cual he podido admirar el sublime paisaje del valle de Gémenos, que de niña contemplaba sin ver nada en él, mi padre y mi madre, acompañados de mis dos hermanos, me llevaron á comer á casa de un vecino nuestro, un viejo llamado señor de la Estorade, hidalgo que se ha hecho muy rico, como se hace rica la gente en provincias, gracias á los cuidados de la avaricia. Este anciano no pudo sustraer á su hijo único de la rapacidad de Bonaparte; después de haberlo salvado de la primera quinta, se vió obligado á enviarle al ejército, en 1813, en calidad de guardia de honor. Después de lo de Leipzig, el anciano barón de la Estorade no había tenido más noticias de él. El señor de Montriveau, á quien el señor de la Estorade fué á ver en 1814, le afirmó que él lo había visto coger por los rusos. Al ver que eran inútiles las pesquisas hechas en Rusia, la señora de la Estorade murió de pesar. El barón, anciano muy cristiano, practicaba esa hermosa virtud teologal que nosotras practicábamos en Blois: la Esperanza. Ésta le hacía ver á su hijo en sueños, e iba acumulando sus rentas para este hijo. Ponía gran cuidado en hacerse cargo de la parte que correspondía á su hijo en las herencias de la familia de la difunta señora de la Estorade. Nadie se atrevía á bromear con este anciano. Yo acabé por adivinar que la vuelta inesperada de este hijo era la causa de la mía. ¿Quién nos hubiese dicho que, durante las vagamundas correrías de nuestro pensamiento, recorría ya mi futuro, lentamente y á pie, Polonia, Rusia y Alemania? Su mala suerte no cesó hasta que llegó á Berlín, donde el cónsul francés le facilitó los medios de volver á Francia. El señor de la Estorade, padre, humilde hidalgo de Provenza, con una fortuna de unos diez mil francos de renta, no tenía un nombre bastante popular para que en el extranjero se interesasen por el caballero de la Estorade, cuyo nombre olía atrocemente á aventurero.

Doce mil francos, producto anual de los bienes de la señora de la Estorade, acumulados con las economías paternas, constituyen al pobre guardia de honor una fortuna considerable en Provenza, algo así como unos doscientos cincuenta mil francos, á más de los bienes raíces. La víspera del día en que vol-

vió á ver al caballero, el honrado de la Estorade había comprado un hermoso dominio mal administrado, donde se propone plantar diez mil moreras que él criaba expresamente en su vivero preveyendo esta adquisición. Al ver de nuevo á su hijo, el barón no tuvo más que un pensamiento: el de casarlo con una joven noble. Mi padre y mi madre asintieron al pensamiento de su vecino tan pronto como el anciano les anunció su intención de tomar á Renato de Maucombe sin dote, y de reconocerle en el contrato matrimonial toda la suma que ha de corresponder á la dicha Renato en sus legítimas. Desde su mayor edad, mi hermano el menor, Juan de Maucombe, reconoció haber recibido de sus padres un anticipo de herencia equivalente al tercio de lo que le correspondía. He aquí como las familias de Provenza eluden el infame código civil del señor de Bonaparte, que contribuirá á que sean metidas en los conventos tan gran número de familias de nobles, como grande fué el número de las que hizo casar. Por lo poco que yo he oído decir sobre este punto, deduzco que la nobleza francesa está muy dividida sobre esas graves materias.

Esta comida, querida mena mía, era una entrevista entre tu corza y el desterrado. Procedamos con orden. Los criados del conde de Maucombe se vistieron sus antiguas libreas galoneadas y se pusieron sus sombreros dorados; el cochero calzóse sus magníficas medias botas; fuimos cinco en la vieja carroza, y llegamos con toda majestad á eso de las dos, para comer á las tres, á la bastida donde vive el barón de la Estorade. El suegro no tiene palacio, y sí únicamente una sencilla casa de campo situada al pie de nuestras colinas y en la desembocadura de nuestro hermoso valle, cuyo orgullo es, indudablemente, el vetusto castillo de Maucombe. Esta bastida es una bastida: cuatro paredes de piedra revestidas de un cemento amarillo y cubiertas con ladrillos huecos de hermoso color rojo. Los tejados se encorvan bajo el peso de esta construcción. Las ventanas, practicadas irregularmente y sin ninguna simetría, ostentan enormes contraventanas pintadas de amarillo. El jardín que rodea á esta habitación es como los que se estilan en Provenza, cerrado por medio de pequeños muros contruídos con gruesos y redondos guijarros colocados unos encima de otros, y donde se ve el genio del albañil por la manera como los ha dispuesto, ya inclinados ó ya de pie: la capa de barro que los recubre está caída en algunos sitios. El as-

pecto patrimonial de la bastida estriba en una reja que hay á la entrada del camino. Durante mucho tiempo se hicieron grandes solicitudes para obtener esta reja, que es tan delgada, que me recuerda á la hermana Angélica. La casa tiene á la entrada una pequeña escalinata de piedra, y la puerta está provista de un cobertizo que seguramente despreciaría un aldeano del Loira para su elegante casa de piedra blanca y tejado azul, donde brilla el sol al levantarse. En el jardín y en los alrededores, abunda extraordinariamente el polvo, y los árboles están todos estropeados. Se ve que la vida del barón consiste, hace ya tiempo, en levantarse, acostarse y volverse á levantar al día siguiente, sin más cuidado que el de amontonar escudo sobre escudo. Come lo que comen sus criados, que son un muchacho provenzal y la antigua camarera de su mujer. Las habitaciones tienen muy pocos muebles. Sin embargo, la casa de la Estorade se conoce que había vaciado sus armarios y hecho todo género de sacrificios para esta comida, que nos ha sido servida ostentando por todo lujo un antiguo servicio de plata negra. Nena mía, el desterrado es como la reja ¡muy delgado! Está pálido y taciturno, y se conoce que ha sufrido mucho. Tiene treinta y siete años, y parece tener cincuenta. El ébano de sus ex hermosos cabellos de joven está salpicado de blanco, como el ala de una alondra. Sus hermosos ojos azules están hundidos, y es un poco sordo, haciéndole esto semejar al caballero de la Triste Figura; sin embargo, he consentido de buen grado en ser señora de la Estorade y en dejarme dotar con doscientos cincuenta mil francos, pero con la condición expresa de poder arreglar á mi modo la bastida y hacer en ella un parque. He exigido formalmente á mi padre que me conceda una pequeña cantidad de agua, que puede venir desde Maucombe hasta aquí. Querida mía, como he agradado, dentro de un mes seré la señora de la Estorade. Después de haber sufrido la influencia de las nieves de Siberia, un hombre tiene que encontrar mérito en estos ojos negros, que, como tú de niñas, hacían madurar los frutos que miraban. Luis de la Estorade parece considerarse excesivamente feliz casándose con la hermosa Renato de Maucombe, pues tal es el glorioso sobre nombre de tu amiga. Mientras que tú te dispones á cosechar los goces de una alegre existencia, tu pobre corza Renato, esta hija del desierto, ha caído del imperio adonde nosotras nos elevábamos, á las vulgares realidades de un destino sencillo como el de una margarita. Sí, me he propuesto consolar

á ese joven sin juventud, que ha pasado del regazo maternal al de la guerra, y de los goces de su bastida á los hielos y trabajos de Siberia. La uniformidad de mis días venideros se verá interrumpida únicamente por los humildes placeres del campo. Continuaré el oasis del valle de Gémenos en torno de mi casa, que estará majestuosamente rodeado de hermosos árboles. Tendré siempre los verdes céspedes de Provenza, prolongaré mi parque hasta la colina, y construiré en el punto más elevado de ésta algún bonito kiosco, desde el cual puedan acaso ver mis ojos el brillante Mediterráneo. El naranjo, el limonero, las más ricas producciones de la botánica embellecerán mi retiro, y seré en él madre de familia. Una poesía natural, indestructible, nos rodeará. Permaneciendo fiel á mis deberes, ninguna desgracia tengo que temer. Mi suegro y el caballero de la Estorade participan de mis sentimientos cristianos. ¡Ah! nena mía, veo la vida como una de esas grandes carreteras de Francia, llanas, sin cuesta, y protegidas por seculares árboles. Seguramente que no habrá dos Bonapartes en este siglo, y así podré conservar á mi lado á mis hijos, si los tengo, educarlos, hacerlos hombres y vivir sólo para ellos. Si tu destino es lo que debe ser, serás la mujer de algún poderoso de la tierra, y los hijos de tu Renato gozarán de una activa protección. Adiós, pues, para mí al menos, las novelas y las extravagantes situaciones de las que nosotras nos constituíamos en heroínas. Yo sé ya de antemano la historia de mi vida: mi vida estará ocupada en los grandes acontecimientos de la detención de los señores de la Estorade, de su amamantación y por los estragos que han de hacer en mis carnes y en mi persona; bordarles gorras, ser amada y admirada por un pobre hombre achacoso, á la entrada del valle de Gémenos, esos serán mis placeres. Acaso llegue un día en que la campesina vaya á habitar á Marsella durante el invierno; pero entonces no aparecerá aun más que en el estrecho teatro de provincias, cuyos bastidores no son peligrosos. No tendrá nada que temer, ni siquiera una de esas admiraciones que pueden tornarnos orgullosas. Nos interesaremos mucho por los gusanos de seda, para cuya manutención venderemos hojas de morera. Conoceremos las extrañas vicisitudes de la vida provenzal y las vicisitudes de un hogar sin disputa posible, pues el señor de la Estorade anuncia su intención formal de dejarse guiar por su mujer. Ahora bien: como yo no he de intentar nada para hacerle desistir de esta actitud juiciosa, es muy probable que él

persista en ella. Tú serás, querida Luisa, la parte novelesca de mi existencia. Así que cuéntame bien todas tus aventuras, descríbeme los bailes y las fiestas, dime cómo te vistes, qué flores coronan tus hermosos cabellos rubios, y las palabras que te dirijan los hombres y sus modales. Tú escucharás, bailarás y sentirás la presión de la mano de un hombre por nosotras dos. Ya me gustaría divertirme en París y que tú fueras madre de familia en la Crampade, pues tal es el nombre de nuestra bastida. ¡El pobre hombre cree que va á casarse con una sola mujer! ¿Se apercibirá de que son dos? Ya empiezo á decir locuras, y, por lo tanto, prefiero detenerme. Recibe, pues, sendos besos en tus mejillas, y sabe que mis labios son aun los de la virgen (sólo se ha atrevido á tocarme ligeramente la mano). ¡Oh! nos tratamos con un respeto y unos miramientos asombrosos. Vaya, ya empiezo... Adiós, querida.

P. D.—Abro tu tercera carta. Querida mía, puedo disponer de unos mil francos; empléamelos en algunas de esas cosas bonitas que no se han de encontrar ni en los alrededores, ni en Marsella. Cuando vayas á hacer compras para ti, acuérdate de la reclusa de la Crampade, y piensa que ni por parte del novio ni de la novia, las familias no tienen en París gentes de gusto para hacer ciertas adquisiciones. Más tarde contestaré á esta carta.

VI

Don Felipe Henarez á don Fernando

París, septiembre.

Hermano mío: La fecha de esta carta mostrará á usted á las claras que el jefe de su casa no corre peligro alguno. Si el sacrificio de nuestros antepasados en el patio de los Leones nos hizo, á pesar nuestro, españoles y cristianos, nos legó también la prudencia de los árabes, y acaso haya debido yo mi salvación á la sangre abencerraje que corre aún por mis venas. El miedo hacía á Fernando tan buen comediante, que Valdés

creyó en sus protestas. Sin mí, ese pobre almirante estaba perdido. Nunca sabrán los liberales lo que es un rey. Pero el carácter de ese Borbón me es conocido hace ya tiempo; cuanto más nos aseguraba Su Majestad su protección, más despertaba mi desconfianza. Un verdadero español no necesita repetir sus promesas. El que habla demasiado es que quiere engañar. Valdés se trasladó á un navío inglés. Respecto á mí, tan pronto como los destinos de España estuvieron perdidos en Andalucía, escribí al intendente de mis bienes en Cerdeña diciéndole que buscase los medios de salvarme. Unos hábiles pescadores de coral me esperaban con una barca en un punto de la costa. Cuando Fernando recomendaba á los franceses que desconfiasen de mí, estaba yo en mi baronía de Macumer en medio de bandidos que desafían todas las leyes y todas las venganzas. La última casa hispano-mora de Granada volvió á ganar los desiertos de Africa en un dominio que le proviene de los sarracenos. Los ojos de estos bandidos brillaron con alegría y salvaje orgullo al saber que protegían contra la venganza del rey de España al duque de Soria, á su amo, en una palabra, á un Henarez, el primero que vino á visitarles desde que la isla pertenece á los moros, y cuya justicia tanto temían ellos la víspera. Veintidós carabinas se ofrecieron á apuntar á Fernando de Borbón, á ese hijo de una raza desconocida aún, el día en que los abencerrajes llegaban vencedores á orillas del Loira. Yo creía que podría vivir de las rentas de estos inmensos dominios; pero mi permanencia en ellos me ha demostrado mi error y la veracidad de los informes de Queverdo. El pobre hombre tenía veintidós vidas de hombres á mi servicio, pero no tenía un real; extensiones de veinte mil fanegas, pero ni una casa; bosques vírgenes, pero ni un mueble. Serían necesarios un millón de piastras y la presencia del amo durante medio siglo, para dar valor á esas magníficas tierras. Pensaré en ello. Los vencidos meditan, cuando huyen, sobre su situación y sobre la partida perdida. Al ver ese hermoso cadáver roído por los monjes, mis ojos se bañaron en lágrimas, y adiviné en seguida el triste porvenir de España. Supe en Marsella el fin de Riego. Pensé dolorosamente que mi vida también va á acabarse con un martirio obscuro y largo. ¿Es acaso vivir el no poder consagrarse á un país ni existir para una mujer? Amar, conquistar, esa doble fase de la misma idea, era la ley grabada en nuestros sables, escrita en letras de oro en las bóvedas de nuestros palacios é

incesantemente repetida por los chorros de agua de nuestros estanques de mármol. Pero esta ley en vano fanatiza mi corazón: el sable está roto, el palacio hecho cenizas y el manantial vivo ha sido secado por estériles arenas.

He aquí, pues, mi testamento:

«Don Fernando, ahora va usted á comprender por qué comprimía su ardor ordenándole que permaneciese fiel al *rey netto*. Como hermano y amigo, suplícole que obedezca; como amo, se lo ordeno á usted. Preséntese usted al rey y pídale mis grandezas y mis bienes, mi cargo y mis títulos; acaso titubee, acaso haga algunas muecas reales; pero dígale que es usted amado por María Heredia, y que María no puede casarse más que con el duque de Soria. Entonces le verá usted estremecerse de alegría; la inmensa fortuna de los Heredia le impedía consumir mi ruina; le parecerá completa de este modo, y obtendrá usted en seguida mis despojos. Se casará usted con María: yo había sorprendido el secreto de vuestro mutuo amor contrariado; de modo que ya he preparado al anciano conde para esta sustitución. María y yo obedecíamos á las conveniencias y á los votos de nuestros padres. Usted es hermoso como un hijo del amor, y yo soy feo como un grande de España; usted es amado y yo soy objeto de una repugnancia oculta; usted habrá logrado vencer muy pronto la débil resistencia que mi desgracia ha de ocasionar sin duda á esa noble española. Duque de Soria, su predecesor no quiere dar á usted ni un disgusto ni privarle de un maravedí. Como las joyas de María han de reparar el vacío que los diamantes de mi madre han de dejar en la casa, envíeme usted esos diamantes, que han de bastar para asegurar la independencia de mi vida, y envíemelos por mi nodriza, la anciana Urraca, único criado de los de mi casa que yo quiero conservar á mi lado, pues ella es la única que sabe prepararme el chocolate.

«Durante nuestra corta revolución, mis constantes trabajos habían reducido mi vida á lo más necesario, y el sueldo de mi cargo bastaba para cubrir todas mis necesidades. Encontrará usted, pues, en manos de mi intendente, las rentas de estos dos últimos años. Esta renta es mía; pero como el casamiento de un duque de Soria ha de ocasionar muchos gastos, nos la repartiremos. Espero que no rechazará usted el regalo de bodas de su hermano el bandido. Por otra parte, tal es mi voluntad. No siendo la baronía de Macumer propiedad del rey de España, me quedo con ella, ya que me deja la facultad de te-

ner una patria y un nombre, si por casualidad me diese la gana de llegar á ser algo.

«Alabado sea Dios, pues ya están los asuntos terminados y la casa de Soria salvada.»

En el momento en que ya no soy más que barón de Macumer, los cañones franceses anuncian la entrada del duque de Angulema. Ya comprenderá usted, señor mío, por qué interrumpo aquí mi carta...

Octubre.

Quando llegué aquí, no tenía más que diez cuádruplos. ¿No resulta muy pequeño un hombre de Estado cuando, en medio de las catástrofes que no ha sabido impedir, muestra una previsión egoísta? A los moros vencidos, un caballo y el desierto; á los cristianos engañados en sus esperanzas, el convento y algunas monedas de oro. Sin embargo, mi resolución no es aun más que cansancio. Todavía no estoy bastante inclinado á la vida monástica para no pensar en vivir. Por lo que pudiere ocurrir, Ozalga me había dado cartas de recomendación, entre las cuales encontré una para un librero, que es para nuestros compatriotas lo que Galignani es aquí para los ingleses. Este hombre me ha procurado ocho discípulos que me pagan á tres francos la lección. Voy á las casas de ellos un día sí y otro no, y doy, por lo tanto, cuatro clases al día, que me proporcionan la suma de doce francos, que es muy superior á la de mis necesidades. Cuando llegue Urraca, haré feliz á algún español proscrito, cediéndole mi clientela. Estoy albergado en la calle de Hillerín-Bertín, en casa de una pobre viuda que admite huéspedes. Mi cuarto está situado al medio día y da á un jardinito. No oigo ningún ruido, contemplo el verdor de las plantas y no gasto en total más que una piastra diaria. Estoy asombrado de los placeres tranquilos y puros de que disfruto en esta vida de Dionisio en Corinto. Desde el amanecer hasta las diez, fumo y tomo mi chocolate sentado á mi ventana, admirando dos plantas españolas: una flor de retama que se eleva entre las masas de un jazmín: el oro sobre un fondo blanco, imagen que hará siempre estremecer á todo retoño de los moros. Desde las diez hasta las cuatro doy mis lecciones, y á esta hora vuelvo á comer, y permanezco fumando y leyendo hasta la hora de acostarme. Puedo hacer mucho tiempo esta vida, en la que alternan el trabajo y la